

El Corresponsal de París
Hoja autógrafo diaria.

Servicio de la prensa española.

Redacc.ⁿ y Admón:
57 y 59 rue Mambenge
Paris.

Año V. - Núm.^o 641.

Paris 9 de Febrero de 1889.

La situación.

Pocas horas hemos de tardar en saber el desenlace; pero lo cierto es que, después de haberse asegurado ayer en todos los tonos que el gabinete se desinteresaba completamente en la cuestión de prioridad de los dos proyectos - el de revisión y el de reforma electoral - cuyos informes, debían ser hoy presentados en la sesión de la Cámara, ahora parece resultar que nada hay de lo dicho y que, por el contrario, el Gobierno está resuelto a reclamar la prioridad de la discusión inmediata en favor del segundo de dichos proyectos, (de acuerdo en un todo con Mr. Carnot y con la opinión de los oportunistas). De ahí a provocar una nueva batalla parlamentaria no hay más que un paso. Los radicales, y probablemente los individuos de la Derecha monárquica, se opondrán con energía a que la discusión empiece por lo más secundario, y entonces, será de nuevo cuestión de reclamar a la Cámara otro voto de confianza, el cual probablemente será negado esta vez a Mr. Floquet, a quien nadie seguramente envidiará la triste gloria de haber descendido del poder por tan fútil motivo, pudiendo hacerlo en condiciones totalmente distintas y dignas en un todo de su reconocido talento y de su brillante pasado político.

Si la última noticia se confirma - y el silencio que guardan hoy los órganos oficiales del gabinete es bastante significativo para que lo pongamos siquiera en duda - será preciso convenir en que Mr. Floquet, cuya discreción no habíamos adelantado a aplaudir al hacerlos en nuestra correspondencia de ayer (de una versión que habíamos jugado simplemente de sentido común y de buen gobierno, ha perdido por completo la serenidad ^{serena} factor indispensable del que

Paris 9 Febrero 1889.

F.º 2.

no pueda jamás despojarse quien aspira a dirigir con rectitud y con entera imparcialidad la administracion y los destinos de un pueblo. — Es en nuestro concepto tan elemental todo esto, y consideramos tan absurdo — dada la situacion del Gobierno ante la Cámara — que Mr. Floquet renuncie a una discreta y prudente neutralidad en este asunto de la Orden del día o del orden de discusion relativo a los dos proyectos de referencia, que, a pesar de cuanto dicen y de cuanto se callan hoy los periódicos interesados, en la dilucidacion de esta cuestion previa, nosotros persistimos en creer que cuando llegue el momento de la sesion, el presidente del Consejo de ministros subirá a la tribuna para declarar categóricamente que estando ambos proyectos por igual dentro del programa de reformas del gabinete, se desentiende por completo de la cuestion secundaria de la prioridad y deja absolutamente libres a sus amigos de votar indistintamente por la preferencia de uno de ellos, cualquiera que sea.

Si así no lo hace Mr. Floquet, su caída la consideramos inevitable y, lo que es más, soberanamente ridícula.

Y digamos algo acerca del general Boulanger, de quien se ocupan hoy preferentemente los periódicos, que le son hostiles a propósito de las importantes declaraciones que acaba de hacer a un periodista suizo, el único que hasta ahora ha tenido la habilidad de arrancar al ex-ministro de la guerra el pensamiento por decirlo así capital que entraña su tan asendereado como poco conocido programa político.

El general — como tantos otros que, sin haber llegado a sus alturas, no carecen de buen sentido para comprenderlo al igual que él — no ha hecho hasta el presente más que criticar durísimamente las costumbres políticas a que se halla entregado, los partidos llamados parlamentaristas y denunciar a los ojos del país que calla, sufre y paga los vicios y abusos de que adolece la administracion, casi en tanta escala como en los peores tiempos del antiguo régimen. Hasta aquí el general Boulanger no nos había dicho nada nuevo; su política era de simple negacion y de resistencia.

Pero he aquí que de repente su interlocutor, el periodista suizo a quien nos referimos, pregunta al general Voude, en su

París 9 de Febrero (de 1889.

F. 3.

Entonces, el oráculo levantose como movido por un resorte, y he aquí en qué forma se dignó comunicar urbi et orbi su pensamiento capital: "El remedio - exclamó - encuéntrase sencillamente en el retorno a un jefe de Estado efectivo, responsable, tal como el presidente de los Estados Unidos." Solamente que en el sistema del general Boulanger la duración de este poder, en lugar de ser de cuatro años como en la gran República norteamericana, sería de diez años, semejante en un todo a los poderes que se había arrogado el príncipe Luis-Napoleón Bonaparte por la Constitución de 1852, cuyo título II, titulado: Forma del gobierno de la República, consignaba en su párrafo 1.º: El gobierno de la República francesa está confiado por el término de diez años al príncipe Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República.

— Pero, — hizo entonces observar el periodista suizo — ¿cómo se arreglará un tal presidente para gobernar en armonía con la voluntad popular?

— "Pues, sencillamente, — respondió el general —: me adjuntaré un Consejo de Estado q.º hará las leyes o, mejor dicho, los proyectos de ley. Una vez éstos elaborados serán sometidos a un Consejo nacional de quinientos miembros, nombrados mitad por el sufragio universal y la otra mitad por los departamentos."

¡Cuánta semejanza tiene esto con el régimen constitucional de 1852! En efecto: el párrafo segundo del título II antes citado dice textualmente: "El presidente de la República gobierna por medio del Consejo de Estado, del Senado y del Cuerpo legislativo" y en el párrafo subsiguiente, se lee: "El poder legislativo se ejerce colectivamente por el presidente de la República, el Senado y el Cuerpo legislativo."

En el mes de Noviembre siguiente, cuando Napoleón quiso restablecer el imperio, no hizo más que sustituir en los textos que preceden las palabras Presidente de la República por la palabra Emperador.

Ya tenemos, pues, el secreto revelado. Como se ve, entre la Constitución de 1852 y el plan atribuido al general Boulanger, la única diferencia consiste en que la primera instituyó un Senado, mientras éste no suena para nada en la Constitución del electo de París. — Con todo — y es digno de notarse — la Constitución del príncipe Luis resulta en medio de todo más liberal, toda vez que el Cuerpo legislativo que ella instituyó era una asamblea deliberante elegida in totum.

París 9 febrero 1889.

Gp. 4.

por el sufragio universal y funcionando a lo menos tres veces cada año, mientras que el Consejo nacional del general Boulanger sería "una asamblea no deliberante no teniendo más que una sesión de un mes todos los años."

Ahora cabe preguntar: ¿es cierto que el general Boulanger ha tenido el lenguaje que le atribuye el periodista suizo de referencia? No nos extrañaría. Dado el concepto que tenemos formado de la capacidad política del ex ministro de la guerra, y, sobre todo, dados los propósitos que claramente ha manifestado en estos últimos tiempos, lo capa de adhesión inquebrantable a los intereses de la República.

El general, sin embargo, se ha equivocado al indicar que su ideal se funda en las instituciones norteamericanas. Jamás la República de los Estados Unidos ha tenido una remota semejanza con el sistema personal y cesarista que Mr. Boulanger preconiza. Si todo lo que aprendió el general durante su permanencia en la gran República norteamericana está refundido en ese programa que someramente hemos examinado, habremos de convenir en que el ex ministro de la guerra no conoce ni por el forro aquella sabia Constitución, de la cual ha dicho Mr. Gladstone "que es la obra más maravillosa y más humanitaria que haya salido del cerebro del hombre."

La miseria en Roma. - Según telegramas recibidos de la capital de Italia, las cosas se van poniendo de cada vez más feas con relación a la profunda crisis que toda la península atraviesa. - En Roma, los obreros sin trabajo, en número de unos 2000 recorrieron anteayer toda la población rehusando las limosnas que se les ofrecían y diciendo: "No somos mendigos; lo que queremos es trabajo"

Por la tarde, atravesaron el Forum, y al pasar por delante del Capitolio, residencia de la municipalidad prorumpieron en grandes gritos reclamando protección y trabajo. - Llegaron a las cuatro a la plaza de San Juan de Letran, arrojando una amarquinta que les llamó "rebaño de ovejas" y les excitó a tomar una actitud más enérgica, recurriendo a la fuerza si fuese necesario. - Por la noche, la multitud, armada de bastones, rompió todos los faroles y cristales que encontró a su paso. Muchos agentes de la fuerza pública, que quisieron intervenir para restablecer el orden, salieron descalabrados.

Se han hecho más de un centenar de arrestos. Reina todavía en Roma grandísima agitación y temíase la reproducción en grande escala de los deplorables sucesos de anteayer.